

La normalización del primer peronismo en la historiografía argentina reciente

OMAR ACHA

Universidad de Buenos Aires/CONICET

NICOLÁS QUIROGA

Universidad Nacional de Mar del Plata

Nota introductoria

El presente estudio tiene como objetivo revisar críticamente los supuestos contemporáneos de la investigación histórica sobre el primer peronismo en la Argentina.¹ Avanzaremos un análisis selectivo de la bibliografía de origen nacional aparecida en las inmediaciones del bienio 2001-2002. Eludiremos una revisión con pretensión de exhaustividad, para concentrarnos en lo que emerge como el núcleo rector de la refiguración de una imagen consistente para el período 1943-1955. Por razones que intentarán ser elucidadas, ese núcleo interpretativo se sitúa en el terreno sociocultural. A partir de tal recorte, todo hace pensar que sobre el primer peronismo conocemos cada vez más, gracias al trabajo historiográfico, y en algunos aspectos o ámbitos conocemos *mejor*. Sin embargo, la práctica historiográfica así plasmada no puede cerrar por sí misma el círculo del quehacer historiador. Como sugirió Georges Canguilhem:

Ninguna práctica puede proporcionar a una teoría datos teóricamente explotables y válidos, si la teoría misma no ha inventado y definido en primer lugar las condiciones de validez según las cuales los datos habrán de ser recibidos. Esto significa que una investigación respaldada en una práctica ya ejercida debe

omaracha@gmail.com nfquirog@gmail.com

ser ante todo conceptualizable para poder dirigir esta práctica, en vez de ir tras ella.²

Sospechamos que la investigación y narración sobre el primer peronismo se ha instituido como una práctica satisfecha de sí misma.

Varias interpretaciones han señalado el advenimiento de una “normalización” de los estudios sobre el primer peronismo. De acuerdo con esta idea, la producción historiográfica de los últimos lustros marcharía a la cabeza de un proceso que prescinde de tomas de posición política y de lecturas excepcionalistas para la investigación sobre el período 1943-1955. Y la significación de la tesis no podría ser minusvalorada, dada la “vitrina” que esa era del peronismo continúa implicando para el conocimiento histórico argentino.

Este trabajo propone una revisión de publicaciones recientes en torno a dicho período para reflexionar sobre las características de la mencionada normalización. ¿Se trata de un nuevo consenso historiográfico a nivel conceptual o metodológico? ¿Refiere a un panorama homogéneo? ¿Cuáles son sus puntos de fuga? Serán pensados, también, cuáles aspectos del primer peronismo son ocluidos o desplazados por la “domesticación” historiográfica que observamos. Se discutirán algunos efectos del mencionado proceso, al que consideramos, conjeturalmente, como el índice de una trama historiográfica mayor. En efecto, la normalización del peronismo es una faceta de la normalización general de la historiografía argentina posterior a 1983; la normalización de la historiografía nacional es un fenómeno particular de una tendencia en modo alguno telúrica.

Nos interesa sobre todo explicitar las matrices interpretativas que estructuran el desarrollo académico del área, más allá de la diversidad de perspectivas y enfoques analíticos existentes en el normal desarrollo disciplinar. Tales esquemas no son capaces de moldear la producción histórica *in toto*, pero la iluminan con cuestionarios, abordajes y métodos que pueden ser analizados en clave contextual.

La normalización historiográfica como cuestión

La noción de “normalización” remite a una cierta idea de historia del saber. Tracciona en su eficacia interpretativa una segmentación según la cual se ha superado una anormalidad, una ausencia o un desvío. Se aplica a los diversos campos, sea en temas tan diferentes como la historiografía catalana en el contexto de la producción ibérica o la historiografía judía norteamericana.³

El proceso de normalización constituye siempre una operación de política del saber o del discurso. En algunos casos se impone sin lastimaduras, en otros

provoca respuestas más o menos ásperas. Esto ocurre porque no existe una sola vía de normalización ni todas sus consecuencias son previsibles para sus cultores u opositores.

El episodio de normalización más célebre es sin duda el relativo a la “disputa de los historiadores” alemanes (*Historikerstreit*) de mediados de la década de 1980.⁴ Allí se debatió alrededor del nazismo, el genocidio antisemita y la singularidad del pasado alemán. Una de las vertientes del debate proponía la normalización de una historiografía que desde algunos cuadrantes de la cultura política alemana de los años de Helmut Kohl aparecía como necesitada de una revisión.⁵ Cualquiera sea la evaluación que se haga del debate, son evidentes las afinidades del planteo historiográfico con ciertas tendencias políticas e intelectuales más generales de la Alemania de entonces, que aspiraban a que el país pudiera tallar nuevamente en el plano europeo. El obstáculo surgió con la férrea oposición que sostuvo un importante sector de la intelectualidad alemana. Fue la existencia de ese antagonismo lo que hizo evidente que la normalización era una operación político-intelectual. Sin la visibilidad mediática y universitaria de Jürgen Habermas, paladín de quienes denunciaron el ánimo conservador y apologético de un mentado domeñamiento del pasado (*Vergangenheitsbewältigung*), el planteo posiblemente habría sido considerado una actualización historiográfica y el fin de la ideología sobre un presunto esencialismo alemán que habría conducido indefectiblemente a Auschwitz. En todo caso, las polémicas costuras de esa supuesta normalización delataron sus baldones con la reincidencia del asunto del nazismo en discusiones posteriores, y está por verse si la inclusión germana en el concierto de la Unión Europea alcanza la mentada *Normalisierung*.⁶

El término normalización implica una serie de procedimientos que no han sido recalcados por quienes evaluaron el cariz de la trayectoria contemporánea de los estudios sobre el primer peronismo. El historiador Luis Alberto Romero, de conocida centralidad en el campo historiográfico universitario en la Argentina, ha mencionado la normalización en algunos escritos, por ejemplo, en una reseña para el diario *La Nación*:

La historia sobre el primer peronismo está entrando en una etapa de normalización. Tanto sus defensores como sus detractores lo han considerado un hecho compacto y excepcional, que definió el destino del país, y ante el cual era necesario tomar posición. Pero desde hace un tiempo la valoración global retrocede ante la necesidad de comprender una realidad compleja. Empieza a distinguirse en el peronismo un conjunto de historias, diversas y confluyentes, cada una con una especificidad que requiere alguna sapiencia especial.⁷

La amplia y diversa variedad de temas y problemas que el desarrollo normal de la historiografía promueve no se lleva bien con las fórmulas que perciben al peronismo como un hecho “compacto y excepcional”. Los argumentos de Mariano B. Plotkin en un estado de la cuestión elaborado a comienzos de la década de 1990 son apenas distintos:

Anacronismo, apócrifo, impostura, mentira; el peronismo era visto por ciertos sectores como una patología, algo en cierta medida fuera de la realidad, y por lo tanto como una ruptura total en la historia del país.⁸

La idea del “fuera de la realidad” adelanta, de alguna manera, la abundante producción sobre el peronismo que se apoya en una perspectiva de la continuidad, a partir de la cual la insularidad del fenómeno puede ser aliviada. En otras palabras, la despatologización implica limar las afirmaciones inmoderadas de corte radical con la historia. Los antecedentes comenzaron a ser debidamente valorados: las regulaciones económicas durante los años treinta, la mediación del Departamento Nacional del Trabajo, la experiencia de la gobernación de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, entre otros. Puede leerse en los párrafos citados cómo la herramienta conceptual cambio/continuidad se ajusta a un combate que otorgó sentidos precisos al proceso de normalización en sus orígenes (escapar de la importación de sentencias filosóficas para la acción política y precarias para el hacer historiográfico), pero también las dificultades que surgen del cruce entre esa matriz de inteligibilidad y la intelección de los argumentos contemporáneos al primer peronismo que, gracias a los desarrollos normalizados, conocemos con mayor precisión.

El término normalización, desde otras perspectivas, implica “usos comunes y repetidos”,⁹ y se concibe como modo de eliminar las inconsistencias de un sistema dado. En términos de Edgar Codd, la normalización es, precisamente, una simple eliminación.¹⁰ Y quizás puede comenzar a explicar el desplazamiento que nos lleva de la estación “cambio/continuidad” a la de “límites/posibilidades” (el otro gran tópico de la interpretación normalizante), a partir de los “usos comunes y repetidos” que hacemos de ciertos conceptos, todos ellos de raíz democratizante y evolucionista, para estudiar el peronismo. Según el argumento de los “límites” de la transformación lograda o malograda por el peronismo en terrenos tan disímiles como el uso de crédito bancario, la reforma agraria o la innovación pedagógica, se interroga al gobierno peronista por su defeción en su acción modernizadora. Y resulta particularmente instigadora la certeza de la distancia que media entre las concepciones sobre la vida liberal-democrática que pueden leerse en los textos historiográficos actuales, y aquellas concepcio-

nes “nativas” que esos mismos textos capturan de los archivos del pasado. Los usos de la mirada en clave de continuidad han venido a reforzar esa distancia, mientras que parte del programa cognoscitivo de la normalización consiste en abreviarla, esto es, hacer del pasado un territorio menos ajeno.

Desde aquí, nuestro análisis seguirá los siguientes pasos. En primer lugar, presentaremos lo que podemos considerar como el “modelo ejemplar” –haciendo un uso débil de esa noción kuhniana–, que consuma una tendencia de integración historiográfica del primer peronismo. Explicamos allí los rasgos esenciales de la narración progresista del período y sus reverberaciones en una literatura reciente. Luego planteamos lo que nos parece un obstáculo al relato integrador y evolutivo: el lugar y figura horrenda asignada al *cabecita negra*, como símbolo de lo traumático que el peronismo, antes que producir, revela e impone en la realidad nacional. A partir de allí reproponemos la cuestión de las vacilaciones de la normalización interpretativa e intentamos ligarla a un proceso disciplinar más general que llamamos desublimación. En el tramo final situamos algunas perspectivas destinadas a fraguar arreglos respecto de la imagen normalizada del primer peronismo.

Un modelo ejemplar

Pocos temas de la historia argentina del siglo XX han suscitado tantos *estados de la cuestión* como lo ha hecho el primer peronismo.¹¹ Un estado de la cuestión es, a pesar de la objetividad constativa que su nombre sugiere, una operación performativa: no refleja meramente lo que hay. Por el contrario, establece visibilidades, proclama jerarquías, instituye horizontes de legitimidad. Una crítica de los estados de la cuestión (del mismo modo que la del sistema de notas al pie o de los “agradecimientos”) sería muy útil para determinar cómo se organiza un campo “científico”. Sin duda, existen usos de experimentos del tipo *estado de la cuestión* que verifican la aceptación de algunas interpretaciones y que permiten redimensionar los márgenes conceptuales de investigaciones futuras. En ocasiones, un artículo o un libro puede ocupar ese lugar, instalando en el debate contemporáneo viejos y nuevos problemas en una particular clave de análisis.

La historia de la historiografía indica que en ocasiones surge un texto que funciona como molde interpretativo, que es objeto de mimesis en el resto del campo histórico (lo que no significa que sea copiado; lo esencial es que se constituya en una referencia narrativa y explicativa). Es un relato que emerge como brújula de lectura de nuevas facetas del archivo. Dentro del orden conceptual del paradigma elaborado por Thomas S. Kuhn, creemos que la noción de “modelo ejemplar” es útil para identificar una narración que gobierna las interpretaciones

que se hacen después de él.¹² Dos aclaraciones son necesarias en este punto: por un lado hay que subrayar que el modelo ejemplar no es un material subrepticio, no surge *ex nihilo*, sino que de algún modo –y ese modo es generalmente el de la alta divulgación– condensa los aportes específicos realizados hasta ese momento historiográfico; por el otro, indicaremos que su gobierno sobre las interpretaciones posteriores no es de naturaleza absoluta. No podemos juzgar el lugar del modelo ejemplar a partir de un cálculo de apariciones del texto en los aparatos críticos de los trabajos surgidos *a posteriori* (aunque las citas del mismo serán abundantes). Debemos considerar más bien su incidencia de modo cualitativo y substancial. Kuhn ejemplificó su importancia con el verbo modelo (“amar”, digamos): un verbo que provee las directrices para declinar otros verbos y de ese modo regla la diversidad de conjugaciones y define, entre líneas, las excepciones o irregularidades.

Al señalar la existencia de un modelo ejemplar no intentamos simplificar el campo de la investigación y la escritura. Es indudable que la producción histórica relativa al primer peronismo es sumamente variada. Sin embargo, esa diversidad no es incompatible con la primacía de una manera concreta de entender un período histórico, de organizar su consistencia temporal, de ordenar sus problemas, de jerarquizar las preguntas dirigidas a la evidencia empírica. Sucede todo lo contrario de una simplificación: la soberanía del modelo ejemplar se debe precisamente a que domina un territorio complejo al diseñar una pequeña “filosofía de la historia” para el período o tema que trata. Lo fundamental es que regula el orden de validaciones y, por lo tanto, es adoptado como presupuesto de las “nuevas investigaciones”. Sus contenidos se hacen estructura prediscursiva, en el sentido que es condición de enunciación de otros discursos. Sólo entonces se hace *invisible* como modelo ejemplar, y multiplica su eficacia.

Para evitar cualquier simplificación psicologista, debemos decir que, en general, los modelos ejemplares no son en todos los casos elaboraciones intencionalmente diseñadas para ser tales. A veces son creaciones orientadas a la ruptura, como sucede con *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg. A veces son precipitados de “consensos” de mediana duración. Sobre todo cuando coinciden con estructuras de comprensión presentes en otros espacios de la historiografía de la que forman parte, los modelos ejemplares refractan y condensan de una manera especialmente diestra una serie de supuestos típicos de la comunidad científica en historia, o con mayor exactitud, de la fracción dominante dentro del sector de dicha comunidad que se especializa en el objeto cognitivo en cuestión.

En el caso específico de la normalización de los estudios sobre el primer peronismo, es necesario recordar que su emergencia se inscribe en un proceso más extenso de profesionalización historiográfica consumada en un contexto de “transición democrática”. No cabe duda que se mantuvieron algunos nichos con-

servadores e incluso reaccionarios, pero tampoco cabe duda de que todos ellos se condenaron a la insignificancia historiográfica. Las circunstancias, con eficacias en todos los planos de la cultura nacional, repercutieron en la historia académica bajo el signo de la primacía de una historia de la ciudadanía, la democracia, de los ideales liberal-republicanos y de una concepción evolucionista del cambio social. Hubo una apuesta por la comprensión de las transformaciones graduales, por el eslabonamiento de “progresos” cuyo sentido adquiriría mayor valor a contraluz de las violencias que interrumpieron el logro de un “país normal”.¹³ Sería útil estudiar los procesos equivalentes producidos en otras zonas calientes de la historiografía argentina. Si bien el primer peronismo era un territorio cuya normalización debía ser realizada con premura, otros nudos historiográficos debían ser amoldados al horizonte evolucionista de la imaginación histórica necesaria para la Argentina liberal-democrática que buena parte de la intelectualidad universitaria se dedicó a pensar en el crepúsculo de la última dictadura militar. Fue la dinámica prevaleciente en las ciencias sociales, con resultados similares para el cuarto de siglo precedente. Una extensa cita del sociólogo Denis Merklen nos ayudarán a resumir la situación en un territorio disciplinar cercano:

Hace veinte años que las ciencias sociales argentinas han concentrado sus esfuerzos en la fijación de los contornos de un sistema político capaz de estabilizar el gobierno democrático de la sociedad. (...) ¿Cómo instaurar una democracia durable? Durante toda la presidencia de Alfonsín (1983-1989), esta cuestión expresó un problema político mayor, y los intelectuales se comprometieron personal y colectivamente en la construcción de su respuesta. (...) Al tomar esta vía, un número importante de intelectuales menospreció la importancia de las transformaciones que subvertían de arriba a abajo la estructura de la sociedad (...). Los golpes dados a la estructura social sacudieron el edificio entero, pero una buena parte de los sociólogos y los politólogos no quisieron ver las consecuencias políticas del cambio social.¹⁴

Algo similar aconteció en el campo historiográfico. Sólo que por exigencias del ámbito epistémico, el compromiso con una visión socialdemocrática de la realidad se trasladó al pasado, diseñando una imagen evolucionista. Como en las ciencias sociales, la prevalencia de ese programa para el campo historiográfico, fundacional en la construcción de las incumbencias profesionales de las ciencias humanas, demostró ser perecedero, al menos en su capacidad de anudar deseo cognitivo y realidad nacional.

Puede decirse que el artículo titulado “La democratización del bienestar”, de Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza –en adelante, LDB–, es uno de esos textos que soportan el apelativo de modelo ejemplar, y quizá es el más logrado.¹⁵ El trabajo, cuyo carácter de escrito de “alta divulgación” no hace sino reforzar su significación modélica, nos parece central en este período de normalización de los estudios sobre el primer peronismo.

No proponemos aquí que dicha contribución se forje como un mojón en la historiografía sobre el primer peronismo debido a que produzca un giro conceptual radicalmente nuevo (de hecho, sucede todo lo contrario: el texto trabaja con distintas tradiciones que los autores ponen en relación y discuten), sino que, decimos, LDB forma parte del aparato crítico-legitimador de muchos de los textos posteriormente editados, de tal modo que daría la impresión de que ha sido concebido como una cláusula de lectura, como un buen punto para anclar el sobreentendido, la referencia contextual de todo trabajo de investigación sobre el primer peronismo. Su fuerza consiste en su condición de síntesis o condensación de perspectivas largamente esbozadas, cuya edificación bibliográfica exigiría una muy extensa nota con decenas de trabajos predecesores. Lo importante es que se instituya en imagen convincente y sostenga investigaciones más concretas. Si bien no es una “tesis”, es el fundamento de nuevas tesis. En suma, que “aparece” allí donde *cfr.*, *véase*, *consúltese*, encabezan las notas que menos se monitorean.

Anticipemos en dos palabras la imagen del primer peronismo propuesta en LDB, sobre la que retornaremos más adelante. El texto de Pastoriza y Torre comienza indicando que los años treinta constituyeron una época de cambios. No se trató sólo de una “década infame”. Se introdujo el control de cambios y diversas prácticas de regulación que redundaron en una ampliación del mercado interno. Distintos desarrollos de las tecnologías asociadas a los consumos –como el turismo de carretera o la radiodifusión– fueron configurando un espacio nacional que era cultural y prácticamente representable. La crisis y luego la Segunda Guerra Mundial crearon una “protección” que estimuló la formación de capitales de origen nacional. Paralelamente tuvo lugar un reordenamiento demográfico debido a la expulsión de población de las zonas agrícolas del interior del país, la ampliación del mercado de trabajo urbano y la falta de mano de obra inmigratoria. “Fue un éxodo en masa”, aseguran los autores.

En contraste con la “integración” que ocurrió con la inmigración del cambio de siglos XIX-XX, que edificó una “sociabilidad de nuevo tipo”, la migración interna de los treinta coincidió con una crisis política y la aparición de un líder que buscaba apoyo popular para su proyecto político. En lugar de una reformulación de los hábitos sociales, se produjo una “asimilación” o “incorporación” de lo nuevo a lo ya existente. Esto se explicaría porque la Argentina de 1943 era un país más vertebrado que el de 1900. Para la primera década peronista, “la

reconstrucción histórica del período pone de manifiesto una mutación menos abrupta y, por el contrario, la existencia de fuertes elementos de continuidad”. Los ideales de la clase media que habían prosperado en las décadas del veinte y treinta estaban consolidados en la del cuarenta. En este marco, el peronismo no innovó, dado que no habría propuesto una cultura alternativa. Su política de redistribución de los ingresos contribuyó a la persistencia de las aspiraciones al ascenso social, ampliándolas a los estratos sociales hasta entonces no reconocidos y carentes de asistencia estatal. No obstante, la extensión de la “democratización del bienestar” suscitó resistencias de orden cultural, como la que opusieron los sectores establecidos a los “cabecitas negras” (el texto en este punto remite a las impresiones de Florencio Escardó para explayarse sobre ese estereotipo de “base étnica”). Pese al “desenlace conflictivo” del que hablan Torre y Pastoriza, el derrumbe del peronismo no consiguió neutralizar la inclinación integradora de la década. Nos interesa subrayar de todos modos esta emergencia poco desarrollada de la conflictividad que carcome desde adentro, que penetra y coloniza el ideal histórico-filosófico (progresista) de la integración.

Conviene indicar, en este punto, que desde su publicación en el 2002, LDB ha sido citado en artículos, capítulos de libros y libros como referencia a la “democratización del bienestar”, a la ampliación de la ciudadanía, a la extensión de los derechos sociales.¹⁶ En algunos casos se ha hecho referencia a las ventajas comparativas de los sectores de clase media, en otros se ha subrayado una acción estatal de más largo plazo respecto de las “políticas sociales”. Con todo, la serie de libros que citan a LDB es mayoritariamente “nativa” (textos publicados en Argentina) y está temáticamente centrada en el primer peronismo.

La importancia de LDB fue subrayada tempranamente por Lila Caimari.¹⁷ En su artículo periodístico, la matriz con la que se revisaba la historiografía sobre el peronismo remitía al texto de Plotkin ya citado para escandir el terreno alrededor de la idea de patología.¹⁸ Caimari ubicaba a LDB junto a otros textos que también evitan recurrir a la idea de anomalía para estudiar al peronismo: *Los tres peronismos* (Ricardo Sidicaro), *La batalla de las ideas* (Beatriz Sarlo), *Resistencia e integración* (Daniel James), entre otros.¹⁹ La breve indicación de la temática de LDB subraya el núcleo redistribuidor del peronismo, distribuidor pero no disruptor. “¿Significa esto que el peronismo modificó el modelo dominante de sociedad? No. El Estado impulsor del cambio social no propuso un cambio cultural”. Es notable la importancia atribuida, para fundamentar la cita, a lo expuesto en LDB acerca del modelo de familia.²⁰ Puede decirse que existen cada vez más inquietudes en torno a ese registro como medida de radicalidad política. Y aquí debe considerarse una larga serie de textos que deslizan la matriz analítica “cambio/continuidad” hacia la de “límites/posibilidades”: signando una

herramienta historiográfica, aun cuando no sea ésta una opción que las autorías pretendan atribuirse. Esto puede leerse aquí:

En el contexto del ascenso material y simbólico de los sectores populares, el proceso de dignificación involucró la democratización de la estirpe familiar, el respeto y la consideración social. Pero estos cambios no implicaron una ruptura con el modelo basado en el matrimonio feliz con dos hijos. Por el contrario, se ofreció a los sectores populares este horizonte de felicidad doméstico. En otras palabras, el peronismo amplió los derechos de las personas marginadas del orden familiar instituido mediante la aprobación de un nuevo marco normativo que, si bien mantuvo al matrimonio como eje articulador del orden doméstico, también sancionó el rechazo a las discriminaciones y a los estigmas de nacimiento.²¹

Como decíamos, distribuidor pero no disruptor: la consigna se expresa en esta cita con el límite en el modelo de domesticidad. O bien en este otro texto:

La década peronista fue testigo de una nivelación de las costumbres y de cierta democratización a través de una difusión de modelos para la vida cotidiana y la privacidad doméstica que tendió a homogeneizar a diferentes sectores de la sociedad, acortando distancias sociales antes más marcadas.²²

En esta cita, son los modelos para la vida cotidiana los que llevan inscriptos los límites de los experimentos de vivienda del estado peronista. También Anahí Ballent argumenta sobre los límites de las políticas urbanas peronistas:

Si bien este tipo de ampliación del equipamiento urbano alcanzó niveles notables y constituyó un aporte a la modernización de la ciudad, no implicó transformaciones urbanas de magnitud, ni llegó a construir polos condensadores e identificadores del peronismo: fueron operaciones aisladas e integradas en el entorno existente. Sobre todo, el centro fue el espacio a resignificar a través de la ocupación masiva de sus calles.²³

Una de las derivaciones del uso de la perspectiva de continuidad (es decir, poner en serie un acontecimiento leyendo en su pasado antecedentes e influencias) es el desplazamiento de las propiedades disruptivas del evento o proceso en cuestión. Sin embargo, en los casos citados en este trabajo, las advertencias

sobre lo que “no hizo” el peronismo nos alejan de las perspectivas de los contemporáneos, de las tensiones simbólicas que, como recupera LDB hacia su final, pueden ser el origen de una indagación que ponga el acento en el carácter agonístico, no ya de las actividades del estado peronista o de los eventos que la liturgia peronista ponderaba, sino de las duraderas consecuencias que la criba de un decenio dibujó sobre un antagonismo político que se prefiguró tempranamente. Vale la pena citar el fragmento *in extenso*, pues allí se advierte el carácter “revelador” del estereotipo del *cabecita negra* para una ciudad de Buenos Aires que, por el variado origen inmigratorio de su población, se creería libre de prejuicios étnicos:

Como sucede con los estereotipos que responden a una base étnica, el de los cabecitas negras tuvo por función subrayar la diferencia, marcar la separación entre un nosotros y los otros, oponer, en fin, al proceso de integración en marcha un proceso inverso, de segregación. Que esa segregación no haya tenido una expresión institucionalizada, que se manifestara sutilmente en el trato cotidiano y se revistiera con frecuencia de un blando paternalismo, no la hizo por ello menos real y efectiva; ella puso de manifiesto la desestabilizadora experiencia provocada por los efectos más visibles de la democratización del bienestar.²⁴

En consecuencia, hay en LDB dos relatos heteróclitos, no “superables” en el sentido hegeliano. Uno hace avanzar la “historia” hacia la integración democrática. El otro produce una crisis, sin salida visible, en esa misma trama.

Curiosamente, los textos citados más arriba arrojan luz sobre esas batallas y sobre las formaciones simbólicas que fueron gestándose. Esto implica que es posible aventurar otras conclusiones, otras posiciones, acerca del carácter del “fenómeno” peronista, a partir de los propios trabajos inscriptos en la etapa de la “ciencia normal”. Nos hallamos, pues, ante una cantera rica y creciente (se escriben nuevas tesis todos los años, útiles para maneras diferentes de estudiar el peronismo).

El modo en el que los textos citados se desplazan desde los conflictos sociales y políticos “exhaustivamente analizados” hasta las conclusiones que instalan al peronismo en un siglo XX de tendencia integradora, está teñido de un debate que no alcanza a madurar: el de la naturaleza reformista del peronismo.

Ciertamente, postular el carácter reformista del peronismo supone alejarlo de una premisa que la historiografía en la estela de LDB no sustenta para sí (la radicalidad política), pero también aproximarlo a un modelo que sí sostiene (la “democratización” en la mediana duración de la historia argentina). Ese argu-

mento, el del reformismo –que viene a tratar de enmendar un viejo debate en torno a la relación entre peronismo y trabajadores–, debe poder decir su nombre y ser repensado a partir de una definición de lo político que discuta las tensiones que se ponen en juego en proyectos de distinta índole, pero que también discuta los conceptos con lo que analizan tales tensiones: “igualación social”, “carácter plebeyo”, “sociedad móvil”.²⁵

El tema es importante porque continúa la trama histórico-filosófica ya presente en LDB “revelando la eficacia del modelo ejemplar”: la marcación de los “límites” de las innovaciones, indicadoras en apariencia del carácter menguadamente reformista del peronismo (cuando no de las afinidades del mismo con algunos de los ideales conservadores que aparecen, por ejemplo, en *La razón de mi vida*, para no hablar de Oscar Ivanissevich o Hernán Benítez), tiene como supuesto la permanencia de algunos elementos tradicionales en el escenario, más allá de la propaganda del régimen y más allá de 1955.²⁶ Pero la prolongada perduración de los hábitos sociales y modelos de experiencias puede indicarnos que, en lugar de subrayar un sentido de la historia que el primer peronismo no supo consumir, lo que merece ser entendido es el tipo de confrontaciones ocurridas y las configuraciones que la conflictividad social adquirió a partir de los procesos históricos analizados.

La democratización de los *negros de mierda*

Volvamos a LDB. No se encontrarán allí elementos que puedan indicar su carácter rupturista, como ya indicamos; pero sí un modo de leer las contribuciones pasadas y las líneas historiográficas previas, y dismantlar sus pretensiones más preceptivas: el viejo Gino Germani advertido por Tulio Halperín, en el debate “final” (pero reconocidamente trunco) sobre los migrantes internos; los desarrollos sobre las políticas económicas y la distancia de criterios que ligan lealtades políticas a los incentivos económicos; los estudios de género y familia; una lectura de la “Argentina móvil” que instala el conflicto en el espacio de lo político y la cultura, relativizando las demonizaciones que desde uno y otro lado de la clave peronismo/antiperonismo fueron construyendo versiones del peronismo como exceso. En eso coinciden las referencias.

Sin embargo, como indicamos, el texto no “cierra” los fundamentos omisos del “hecho peronista” y subraya los que, sin duda, son integradores: a la consideración de que los primeros gobiernos peronistas, en su afán redistributivo, beneficiaron a quienes estaban en mejores condiciones de aprovechar los beneficios estatales (créditos, aumentos salariales, beneficios jubilatorios, etc.),

tanto si formaban parte de las clases populares cuanto de las clases medias, le sigue la hipótesis que pone el conflicto político en el plano cultural.

Los sectores de la clase media que durante aquellos años no apoyaron a Perón definieron su posición política a partir del impacto del ingreso de los *cabecitas* a la escena urbana y a las arenas políticas. Esta idea sugiere una lectura *paranoide* del fenómeno peronista.²⁷ Esa línea de investigación que LDB subraya se acerca más a las tradiciones que Plotkin considerara “patológicas” que a los trazos de las nuevas investigaciones, es cierto que neutralizando la eficacia del desenlace segregador que el mismo proceso induce. Desde esas nuevas investigaciones es posible interpretar políticas de estado y conflictos sociales a partir de una fotografía de clase media que hace las veces de índice de la perdurabilidad del modelo de familia tradicional. Pero no puede leerse el sueño del pobre desde *el niño asado* de Marie Langer, o desde los *negros de mierda* de *Boquitas pintadas*, o –como lo ha sugerido recientemente Carlos Gamerro– desde el carácter fundacional del sueño ominoso en el cuento de Cortázar “Casa tomada”.²⁸

En todos los estudios citados dentro de la línea LDB no se percibe lo que los sectores integrados por esas reformas edilicias o jurídicas perdían con su “reconocimiento” (no se crea que aquí sostenemos una idea de un pueblo virginal y sometido a las formas del control estatal u oligárquico, porque esa imaginaria suele ser –como las que postulan una clase obrera intrínsecamente revolucionaria o un sujeto cívico regido por la eticidad liberal– una inútil ilusión intelectual). Ese punto ciego surge debido a que se conciben como normales el o los procesos de integración. Se dejan de lado las derivaciones totalitarias del peronismo. Ya no se trataría, en esa clave, de discutir el totalitarismo o la acusación de fascismo de la oposición recalcitrante, sino de “comprender” lo bueno y lo malo del peronismo en una narrativa alejada de los extremos. Por ejemplo, no se ha elaborado el modo en que la normalización familiarista implicada por el uso populista de la “justicia social” producía también la identificación de un otro inasimilable a la escena nacional y por lo tanto reprimible. Ese fue el caso de los “amorales” de la fase final del primer peronismo (“amoral” fue el término periodístico y policial –no importa si de adhesión peronista o antiperonista– para designar a los homosexuales, pero también a los muchachos jóvenes en búsqueda de cuerpos para gozar, cafiolos y demás *otros* detestados).

Como decíamos, el proceso de normalización debe ser considerado a partir de la tensión entre su *interés cognitivo* prevaleciente y la evasión de las implicancias cromáticas, comúnmente denominada raciales, que se evalúan en su abundante producción. En efecto, si hay algo que es neutralizado en la ciencia normal del área es el asco y el odio suscitados por la ecuación entre peronistas, *negros de mierda* y trabajadores.

El razonamiento que los vinculaba en la prosaica vivencia de las clases medias y altas (y está por verse si sólo en ellas), que ante la “invasión” favorecida por Perón y Eva Perón desencadenó una producción de epítetos de tipo zoológico y sociológico, nunca ha muerto. Leídos desde los cambios históricos que tuvieron lugar en los últimos cincuenta años, esos epítetos son, más que una *marginalia* en el ingreso a la modernidad, parte de una estructura de sentimientos desde la que el pasado tiene otro tipo de resignificación. En este sentido, por razones que se comprenden fácilmente en base a atributos disciplinarios, la historiografía revela una mayor distancia que la antropología para experimentar una investigación que atienda a las percepciones ligadas al punto de vista etnográfico, a saber, como esfuerzo de reconstrucción de la perspectiva “nativa” e interrogación de la diferencia cultural del sujeto investigador respecto del mundo social que intenta narrar.²⁹ Es posible que dicha oclusión, funcional a la silente pero eficaz filosofía de la historia normalizante, constituya un obstáculo ideológico que merezca una evaluación de la historiografía. Esa observación, obvia para la mirada científica cuando piensa en los objetos de investigación (es sabido que los estándares académicos de la universidad norteamericana en la historia social exigen considerar los puntos de vista de clase, género y etnicidad), suele ser eludida en el momento de pensar la construcción del saber histórico. Es indudable que la historia sociocultural llegará más temprano que tarde a esa estación epistémica. La cuestión es qué grilla teórica la organizará.

Pues bien, en la línea señalada por Habermas sobre la vinculación entre conocimiento e interés, podemos interrogarnos sobre qué aspiraciones regulan el ejercicio del saber relativo al primer peronismo.³⁰ El filósofo frankfurtiano sostiene la imposibilidad del objetivismo y propone reflexionar sobre los vínculos factibles entre las operaciones cognitivas y los ideales regulativos que matizan las diferentes prácticas del saber. El examen del maderamen conceptual de la historiografía normalizada del peronismo permanece a distancia de un interés emancipatorio (no es una “crítica de la ideología”, salvo en su divergencia con una sensibilidad reaccionaria o revolucionaria) o un interés técnico (no intenta producir sentencias nomológicas). Parece mejor vinculable al que Habermas propone para las ciencias histórico-hermenéuticas: el interés práctico orientado por una comprensión de realidades humanas lingüísticamente mediadas. En otros términos, dentro de la historiografía sobre el tema es eficiente una expectativa de esclarecimiento del devenir de una democracia cada vez más inclusiva. Para alcanzar ese objetivo se identifican los obstáculos al mencionado proceso: el totalitarismo doctrinario o estatal peronista, o la reacción defensiva de las clases “integradas” ante los nuevos contingentes populares reconocidos en la Argentina peronista.

Es innecesario ser antiperonista para adscribir a la normalización, del mismo modo que peronistas explícitos pueden adherir a su módico paradigma. Es suficiente insertar al primer peronismo como una etapa inexcusable de la evolución social de la Argentina. El tema había sido visto con claridad con el padre primordial de la normalización: Gino Germani. Para el sociólogo italiano, el peronismo había cumplido una tarea de socialización e integración, sin duda con medios indeseables, pero que ningún partido político de los años treinta estaba dispuesto a realizar. Su deseo explícito era que, una vez caído Perón, la integración fuera completada en los moldes de una democracia liberal y progresista.³¹ Es sabido que el anhelo de Germani fue devastado por una Argentina obstinada en mostrar la perseverancia de sus desgarramientos.

La dureza de las clasificaciones sociales y pigmentocráticas en la Argentina calada por el peronismo constituye un obstáculo para la visión normalizada propuesta por la historiografía. No es, sin embargo, el único, tal como lo sugiere la constitución de una noción no liberal de “pueblo”, o incluso su conexión interna con las modulaciones del conflicto de clases. Desde esa perspectiva, podemos preguntarnos si la exigencia historiográfica de objetividad, tan adherida a la cientifización operada desde 1983, consustancial con el rechazo de la sobrepolitización denunciada para la universidad setentista y el arcaísmo reaccionario impuesto durante la dictadura militar 1976-1983, no debiera dar paso, al menos como un momento autocrítico, a una indagación de aspiración antropológica en la que se preste debida atención al punto de vista de los agentes.

La normalización interminable y la desublimación de la historiografía

Decíamos más arriba que parte del programa científico de la normalización consiste en abreviar la distancia entre un pasado incógnito y nuestro presente. Precisamente, César Tcach y Darío Macor principian su introducción a uno de los libros más reconocidos del período que revisamos aquí, con la idea de descotidianizar la fórmula con la que la política peronista se reivindicaba única (“la política argentina presume de inclasificable”). Hacer familiar lo exótico, esa empresa antropológica, bien puede ser la consigna de la hora actual. En verdad, esta excede al primer peronismo. El peronismo es un populismo que, tal como lo ha intentado José Álvarez Junco, puede ser leído en clave comparada.³² El peronismo es un partido de masas que, tal como lo ha propuesto Steven Levitsky, puede ser estudiado como un caso en la investigación sobre partidos y sistemas de partidos.³³ Lejos de negar esas afirmaciones, podemos acordar con ellas y sin embargo insistir en que aún queda por debatir el lugar del ruido, el lugar de lo patológico – que nunca estuvo en el objeto mismo de

la indagación sino en los modos en los que el investigador o la investigadora interpretaban el fenómeno. Sin embargo, no se trata de construir o reconstruir una agenda del conflicto, por lo demás ya existente: lo que argumentamos aquí es que la matriz analítica normalizante sitúa a la noción de conflicto en un marco general tributario de un enfoque sociológico que se detiene en la evolución de la ciudadanía (Marshall, Rokkan, entre otros) y la inscribe bajo presupuestos políticos democrático-liberales³⁴.

En realidad, la patologización del peronismo era menos específica que lo descrito por las evaluaciones sobre la historiografía sobre el período 1943-1955. Es que la patología del peronismo expresaba, en una multiplicidad de autorías, la teratología propia del desarrollo histórico argentino (y por eso su “normalización” es el índice de la deseada normalización de la historiografía). Antes de 1983 primaba la deformación de la historia nacional, fuera por las rémoras de la barbarie, por la ausencia de una cultura política liberal, por la opresión imperialista o por la carencia de una burguesía industrial o nacional consciente de su tarea histórica de lograr la “segunda independencia”. En algunos casos, como en los socialismos historiográficos de José Ingenieros o José Luis Romero, el *handicap* argentino se explicaba por la dificultad de una victoria inapelable de las fuerzas del progreso. En cambio, el revisionismo reaccionario invertía esos términos. Como sea, la mirada de la desviación o la anormalidad era ampliamente compartida.

Si el peronismo concentraba ese aliento patológico que atravesaba a la historiografía múltiple que era la propia de la Argentina en tiempos de crisis y dictaduras, eso no se debía tanto a la peculiaridad enigmática del peronismo como latencia autónoma de significaciones irreductibles a lo simbólico (hoy se diría, como un “real” lacaniano: en efecto, no es un “otro” ahistórico ni incomprendible), sino porque anudaba en el “problema” del populismo la activación de un sector social, los grasas y las putas, los obreros y las empleadas domésticas, que poco tenían que ver con la ideología progresista y racista de la Argentina desprendida de Latinoamérica y destinada a ser una réplica de las sedicentes democracias occidentales.³⁵ Para acceder a ese registro de lo histórico, la historiografía post-1983 tuvo que estandarizarse subjetivamente, desalojar la rispidez y la intolerancia de la primacía de la política de años anteriores al escarmiento que comenzó la Triple A y multiplicó la dictadura militar. Una manera de observar la desubjetivación de la que el peronismo es sin duda el tema *princeps* (antes lo habían sido Rosas, con sus mazorqueros, negros y otras alimañas) consiste en discutir la desublimación.

En un incisivo ensayo de 1982, Hayden White propuso distinguir entre las prácticas de *interpretación política de la historia* y las *políticas de la interpretación*. La diferencia es relevante porque si en las primeras hay una distancia

entre perspectivas políticas específicas (por ejemplo, entre una interpretación liberal y otra marxista), la misma no necesariamente tiene un correlato en la política de interpretación. Así, es posible que dos prácticas historiográficas que se quieren, en su singularidad polémica la una respecto de la otra, liberal y marxista, no obstante compartan una misma base epistémica. Y lo que en esas dos perspectivas en apariencia antagónicas existe de solidario es la subordinación del saber histórico a una distancia entre el conocimiento y la realidad que dicen reconstruir históricamente. Sea desde una aspiración a la “contingencia de la historia” o las “leyes de movimiento de la sociedad”, ambas reducen el pasado a un ente domesticado. Esa actitud epistémica sería inconciliable con lo pasado como algo *sublime* que inquieta y conmueve. Se trata de un proceso de desapasionamiento, correlativo a la narrativa “realista” que se impuso como matriz lingüística de la “ciencia histórica” durante el siglo XIX, que aún perdura como molde de nuestras representaciones históricas académicas. El señalamiento crítico de White reside en que ese realismo historiográfico se ha mostrado poco apto para encarar la interpretación de acontecimientos “sublimes” (en el sentido de catástrofes que nos interrogan sobre el sentido y perspectivas de la existencia) tales como el genocidio nazi. Esa consecuencia debería conducir a pensar críticamente el “disciplinamiento” científico de la historiografía tal como se concretó en los dos últimos siglos bajo el tenor de la narrativa realista.³⁶

La tarea desublimadora que acabamos de resumir es el aspecto subjetivo de la normalización que consiste en subsumir las escisiones dentro de un panorama más comprensivo y progresivista. Esa neutralización fue a la vez la condición de una integración a la historia nacional. Garantizó, por otra parte, la posibilidad de un abordaje científico al establecer el enfriamiento y normalización del peronismo. Es precisamente esa normalización del objeto peronista (despojado de su condición de “hecho maldito del país burgués”, según palabras de John William Cooke, o representado a través de “La fiesta del monstruo” por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares o, también, como el *Bestiario* que narra Julio Cortázar) lo que lo transfigura en su contrario, es decir, en el momento capital de la integración del país burgués. Es así que el peronismo no solamente habría completado la ciudadanía política al habilitar a las mujeres al voto, sino que habría reconocido y reparado socialmente a las clases subalternas y a las zonas relegadas del interior del país. No obstante, esta es la mitad de cualquier argumentación, porque queda “apagado” el modo en que esa reparación instaló una nominación específica y duradera para el antagonismo, que aún excita las pasiones.

Perspectivas

El proceso de normalización historiográfica en el que se encuadra la tendencia interpretativa que hemos discutido es parte de una lógica sistémica más amplia. También lo será toda alternativa. Pensamos que, así como los primeros años post-dictadura significaron una coyuntura fundamental en la construcción de una ciencia normal, la crisis de 2001-2002 modificó el ambiente cultural donde se incubó la referida torsión ideológica e historiográfica que habilitó la normalización de la historia (y en su matriz, a la investigación sobre el peronismo). Es llamativo que la lenta consolidación del campo historiográfico argentino haya conducido a que la más completa operación de normalización del primer peronismo fuera consumada justo cuando se derrumbaba el horizonte político-cultural de su credibilidad. He allí el desfase que suscita nuestras reflexiones. La salida de la crisis del inicio secular reveló las dificultades para construir una perspectiva diferente de país. Mas los efectos del “2001” no fueron eliminados. Existe una inestabilidad imperante que desanima cualquier programa o proyección bicentenario confiada.

En este clima cultural no puede sostenerse sin más la domesticación del peronismo que operó en la historia universitaria en los últimos lustros. No para retornar a una visión teratologizante o simplemente traumática, sino para comprender el aspecto inasimilable del lazo entre pueblo y democracia que el peronismo suscitó entre las clases populares, en cuanto esa vinculación revela algunas de las contradicciones de la sociedad. Allí anida un problema conceptual que excede largamente las matrices de fe liberal-progresista con las que se quiso definir la democracia, en sede historiográfica, desde 1983.

Hoy son formulables preguntas que fueron olvidadas veinticinco años atrás. ¿La fórmula liberal funda la democracia por antonomasia? ¿Es sostenible o deseable una convivencia democrática con grandes desigualdades sociales? ¿El ciudadano individual es el “sujeto” de la sociedad democrática? ¿La democracia liberal combinada con el capitalismo moderado, la fórmula de “normalidad” implícita en la historiografía progresista, es el punto de llegada de los procesos históricos del siglo XX argentino? ¿Ha integrado el peronismo a los y las *cabe-citas negras*, o ha convertido sus imágenes en metáforas de los enfrentamientos intergrupales?

No planteamos que el peronismo en tanto movimiento político ponga en entredicho las creencias de la normalización historiográfica. Hay de todos modos en la cuestión del populismo un núcleo irreductible a cualquier domesticación. Es que con el populismo sucede algo similar a lo que Jacques Rancière plantea sobre la democracia para la filosofía política: existe una voluntad imposible de inscripción en un esquema simple y funcional, donde las partes se acomodan

entre sí dando lugar a la convivencia política perfecta. Pero la democracia es el gobierno del pueblo, y el pueblo es la parte que es el todo. Cuando esa deriva ocurre, y tiene efectos igualitaristas, aflora una conflictividad inherente a toda sociedad democrática.³⁷

Con el populismo peronista acontece una constitución de identificaciones populares que lo quieren todo. No sólo el amor de y por Perón y Evita, sino también el consumo, ganar todas las elecciones (Perón tiene que ser eterno), mantener a raya a la oligarquía, castigar a los “amorales” o a los comunistas, salvaguardar las comisiones internas de las fábricas. El propio gobierno peronista sufrió la incontinencia del populismo. Por ejemplo, cuando los peronistas en los barrios se ofrecieron para controlar a los *contreras* desde unidades básicas conectadas con la policía; o cuando José Vuletich, secretario general de una CGT ultraperonizada, opuso resistencia a plegarse a las exigencias del Congreso de la Productividad porque sabía bien que no podía avanzar contra las *conquistas* adquiridas por la clase obrera. ¿Eran éstos aspectos indeseables, bizarros, de la Argentina peronista, o expresaban otros modos de nombrar lo inasimilable del antagonismo social? Y si esos modos fueron esenciales, ¿pueden ser quirúrgicamente escindidos de los aspectos ciudadanizantes del peronismo (el voto femenino, el reconocimiento nacional de la clase obrera, el acceso a la salud pública y la expansión de la educación primaria y secundaria, etc.)? ¿O es que lo democrático se ponía en juego en, justamente, tales “excesos” plebeyos? Las preguntas no buscan clausurar ningún conflicto sino hacer de una definición de Rancière (un tanto “acústica”, ciertamente) un buen lugar de reflexión conceptual:

La desmesura democrática no tiene nada que ver con ninguna locura consumista. Es simplemente la pérdida de la medida según la cual la naturaleza daba su ley al artificio comunitario, a través de las relaciones de autoridad que estructuran el cuerpo social.³⁸

En ese sentido y respecto de la “normalización” de los estudios sobre peronismo, la idea abre para nosotros dos líneas que ya sugerimos en una *introducción* que firmamos juntos:³⁹ el *resto*, aquello que no es considerado bajo esa dinámica normalizada; y la *elipsis*, aquello que no puede leerse desde el *set* conceptual. En ambos casos, el cono de luminosidad explicativa de la historiografía deja en la sombra lo que es inasimilable al deseo de integración, moderna, plural, y que dice con palabras comprensibles lo que quizá sea ininteligible desde el archivo notional historiador, tal como éste ha sido instituido.

Y esos conjuntos desplazados de la normalización giran en torno al concepto de democracia. Uno de los lineamientos triunfantes en la lectura de LDB recupera esa lectura estadual de la democracia argentina. El peronismo es el segundo

estadio. Lo que la normalización no puede leer pero “duerme” en LDB es la legitimidad de la ilegitimidad, al decir de Rancière, lo siniestro de *las patas en la fuente*. Quizás en este punto resto y elipsis se anuden y puedan sugerir una lista de lecturas que grillan ese espacio en ciernes (y ese espacio estará hegemonizado, tal vez, por el modo John Kraniauskas de interpretar los sentidos peronistas de la literatura y literarios del peronismo).⁴⁰ ¿Acaso el concepto de democracia que sostiene la trama de las perspectivas evolucionistas de la historiografía del peronismo sea sólo uno de los históricamente posibles?

La *cultura política peronista*, una mirada de larga duración, pondría al primer peronismo nuevamente en clave patológica (¿no es esa la clave con la que Halperín Donghi especula en *La larga agonía de la Argentina peronista*?).⁴¹ Mientras algunos ya se preguntan sobre el concepto de “violencia” para escapar de los límites estrechos de la negociación racional en los años 1960-1980, aún hay poca elaboración de una mirada que se oponga a la imagen de una Argentina en ascenso, integrada, que proponen muchos de esos textos que se citan al comienzo de nuestras investigaciones.

Como esperamos haber dejado en claro, esta aproximación no supone programas con pretensiones de escapar de la normalidad disciplinar, ni pretende recrear esas deserciones que Kuhn consideraba anomalías y bisagras en y entre paradigmas. Pero implica, necesariamente, una discusión sobre los modos de determinación del “hecho significativo”, sobre las ligaduras entre los hechos de la ciencia y la teoría, y sobre la articulación de teoría. Pero al leer esas tres clases de problemas que Kuhn definió para la “ciencia normal” desde una perspectiva contextualista, pensamos que algunas ideas pueden resquebrajar el rígido corsé estructuralista de los usos de Kuhn que hacemos hasta aquí.

En primer lugar, es preciso considerar la escasa publicación y circulación de indagaciones no académicas sobre el peronismo. Esta primacía de la relación entre investigación y universidad es parte de un proceso más amplio de academización del discurso histórico. No son visibilizados trabajos interpretativos surgidos desde la militancia política o ideológica. Se podría decir que hay una demanda de ello, tal como lo muestra la reedición del ensayo de Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*. Desde el propio peronismo no aparecieron estudios sólidos, e incluso quienes mantienen una búsqueda de orden historiográfico-ensayístico, como Horacio González, han dejado al período peronista como un aspecto marginal de la historia argentina que realmente escriben.⁴² Aunque su esfuerzo ha sido entrevistado como formidable en un excelente ensayo de unos años atrás, se sitúa en el terreno de la imaginación política y, de acuerdo con Nicolás Rosa, en la tradición del ensayo argentino.⁴³ Desde el andarivel marxista de las izquierdas, poco se ha producido, por el momento, que pueda competir en el plano historiográfico. Es probable que la trama apretada de los

combates ideológicos rediseñe una arena muy estriada por prácticas académicas y un *cursus honorum* sobrecargado de titulaciones.

En segundo lugar, una propuesta posible sería la de evitar el encapsulamiento del peronismo en su década fundacional, que concluiría en setiembre de 1955. En efecto, separar al peronismo de los acontecimientos históricos de las décadas posteriores – acontecimientos generalmente entendidos como terribles y desorbitados (es decir, anormales para el progresismo historiográfico)– es una condición imprescindible para la comprensión de la experiencia populista argentina. Los “setenta” amenazan con contaminar a los metabolizables años cuarenta. Sin paradoja, así se atribuye a la Revolución Libertadora el inicio del ciclo de la violencia que concluiría en el terrorismo de Estado de los años setenta, logrando un consenso con las representaciones propuestas por el propio peronismo –de izquierda, centro o derecha– desde los años sesenta. Y si ese peronismo marcaba el corte violento producido por los militares ya desde los bombardeos del 16 de junio de 1955, eso se debía a que también la militancia peronista buscaba construir una historia argentina nacionalista-liberadora que el peronismo venía a consumir. Según esa misma serie argumentativa, quienes derribaron a Perón fueron los que introdujeron la violencia en un escenario de dicha y comunidad.

Esta segunda propuesta no significa eliminar la ruptura que significó el 55, ni tampoco las ocurridas en el 62, el 66, el 69 o el 73, ni tampoco desligar a las clases dominantes y a las Fuerzas Armadas en su responsabilidad histórica de los males de la historia argentina. Menos aún implica diluir esa responsabilidad señalando un “peronismo clásico” (una designación mítica, operante como maquinaria significativa y no como mera ilusión) igualmente pleno de enfrentamientos y encrucijadas. Se trata, más bien, de comprender su lugar formativo de los grandes dilemas que ordenaron a la permanente crisis de la sociedad argentina después de 1916, es decir, en la época de la democracia de masas y de su inscripción en el orden socioeconómico capitalista.

La designación del período de la historia argentina con hegemonía peronista de 1945-1955 requiere una denominación que no la clausure como una etapa autosuficiente, tal como “el peronismo del 45” o “el peronismo clásico”. No sólo porque simplifican una década sumamente compleja, sino porque la totalizan cortando amarras con procesos que se comprenden históricamente en la mediana duración. Naturalmente, la modulación variará de acuerdo a la cuestión analizada. Respecto de las políticas estatales, la caída de Perón en 1955 marca una ruptura radical; en el plano de las ideologías parece ocurrir lo mismo, pero eso no es tan evidente en lo relativo a las identificaciones político-culturales y a los enfrentamientos sociales de mayor profundidad.⁴⁴

Esta apelación a nuevos procedimientos de periodización puede impactar sobre los usos del enfoque en clave de continuidad, importantes para la confor-

mación del campo disciplinar pero también sutiles artífices del desplazamiento de algunas problemáticas con base en el antagonismo social o político.

Una tercera posibilidad implica una cada vez mayor expansión del campo de interlocución: la historiografía, aunque dice ser receptiva de investigaciones realizadas en otros campos, sutilmente desplaza a estas últimas al reconocido desván de la *auxiliaridad*. Ese territorio de interlocución no sólo debe considerar las producciones académicas y no académicas, sino discutir con ellas. Lo más notable del proceso de normalización es que, anudado a políticas tácitas de pedagogías *doctorantes* y a políticas editoriales, ha incluido en la preceptiva sobre formas de hacer la historia la imposibilidad de cincelar los géneros con los que trabajamos: de ese modo asistimos, por ejemplo, a la idea naturalizada de que una ponencia es un “ensayo” de artículo, no porque allí se someta a discusión lo inestable de nuestros razonamientos, sino porque “le falta archivo”, o no hemos tenido tiempo de “ajustarla”. Del mismo modo se ha defendido las fronteras epistemológicas de los avances de otras modalidades del conocimiento. Hemos aceptado rápida o lenta, parcial o totalmente, que las tensiones ideológicas son formas de seleccionar tribus, y no formas de intelección y debate.

Al mencionar la discusión sobre la normalización de la Alemania nazi en la *Historikerstreit*, hemos señalado que su carácter político y la necesidad de pensar con cuidado sus características se tornaron evidentes con la irrupción de una oposición intelectual. En realidad, dicha oposición era temible. En nuestro caso, bien distinto, la lógica de definición es, sin embargo, similar: la discusión de una cierta normalización impone la invocación de una política del saber.

El objetivo del presente estudio consistió en poner de relieve las eficacias interpretativas de la normalización para la representación histórica del primer peronismo. Las propuestas de su discusión son fragmentarias y desiguales. Con todo, el área de los estudios sobre el primer peronismo ha sido y es tan importante en la investigación sobre la historia argentina del siglo XX que, creemos, merece un debate a la luz de los cambios en los contextos de producción y en la prolongada persistencia del peronismo como fuerza histórica.

NOTAS

- 1 El presente texto ha aprovechado una lectura atenta de Germán Soprano. Expuesta una versión de su argumento por uno de nosotros en el Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: La Primera Década (Mar del Plata, noviembre de 2008), ha sido objeto en la ocasión de algunas indicaciones útiles para la reescritura de la formulación aquí propuesta, por las que deseamos agradecer a Raanan Rein, Julio César Melon Pirro, Carolina Biernat, Elisa Pastoriza y María Liliana Da Orden. Hemos aprovechado los comentarios de colegas de la Universidad Nacional de Tucumán: Gustavo Rubinstein,

Florencia Gutiérrez, Lucía Santos Lepera y Leandro Lichtmajer; también fueron útiles los señalamientos de quienes integran el proyecto UBACYT “El peronismo y sus transformaciones (1943-2007)”, especialmente los de Laura Ehrlich, Mariana Nazar y Hernán Comastri.

- 2 G. Canguilhem, *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005, p. 137.
- 3 Ver por ejemplo: L. Roura i Aulinas, “Histoire nationale et histoire régionale en Espagne, XIXe. et XXe. siècles. Le cas de la Catalogne”, *HMiC: Història Moderna i Contemporànea* 4, 2006, pp. 211-224; P. E. Hyman, “The Normalization of American Jewish History”, *American Jewish History* 91/3-4, 2003, pp. 353-359.
- 4 Otras consideraciones al respecto en O. Acha, “El pasado que no pasa. La *Historikerstreit* y algunos problemas actuales de la historiografía”, *Entrepassados* 9, 1995, pp. 113-139.
- 5 Ver: “*Historikerstreit*”. *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, München/Zürich, Piper, 1987; D. Diner (coord.), *Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit*, Frankfurt/Main, Fischer, 1987; R. J. Evans, *Im Schatten Hitlers? Historikerstreit und Vergangenheitsbewältigung in der Bundesrepublik*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 1991; Hans-Ulrich Wehler, *Le mani sulla storia. Germania: riscrivere il passato?*, Florencia, Ponte alle Grazie, 1989.
- 6 Es lo que hace poco ha sugerido W. Kansteiner, “Normalization. The Europeanization of German Political Memory since the 1990s”, en su *In Pursuit of German Memory: History, Television and Politics after Auschwitz*, Athens, Ohio University Press, 2006.
- 7 L. A. Romero, “Relectura de una época”, *La Nación*, 30 de abril de 2005.
- 8 M. B. Plotkin, “Perón y el peronismo: un ensayo bibliográfico”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* II/1, 1991, pp. 113-135.
- 9 <<http://www.iram.com.ar/Normalizacion/normalizacion.htm>> [último acceso: 10 de junio de 2007].
- 10 E. F. Codd, “A Relational Model of Data for Large Shared Data Banks”, *Communications of the ACM*, XIII-6, 1970, pp. 377-387.
- 11 Entre los más ponderados, E. De Ipola, “Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo”, *Desarrollo Económico* 115, octubre-noviembre de 1989, pp. 331-359; M. B. Plotkin, “The Changing Perceptions of Peronism. A Review Essay”, en James Brennan (coord.), *Peronism and Argentine*, Washington, SR Books, 1998, pp. 29-54; D. Macor y C. Teach, “El enigma peronista”, en D. Macor y C. Teach (comps.), *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, Ediciones Universidad Nacional del Litoral, 2003, pp. 5-31.
- 12 T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985. Nuestra elaboración de la noción de modelo ejemplar no aspira a una pertenencia al diccionario kuhniano. Lo proponemos como instrumento específico para pensar la situación historiográfica argentina.
- 13 Referencias transparentes a la búsqueda intelectual de un paradigma para el “país normal” en J. Nun, “Por un país normal”, *La Ciudad Futura* 48, 1º de setiembre de 1997, pp. 21-23; J. C. Torre, “Los intelectuales y la experiencia democrática”, en M. Novaro y V. Palermo (coords.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa, 2004, pp. 190-205. Nos permitimos referir a inquisiciones respecto del “país normal”

- en O. Acha, “Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes”, *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico* 1, setiembre-octubre de 2005, pp. 9-31 (reproducido en ídem, *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2008).
- 14 D. Merklen, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática argentina (1983-2003)*, Buenos Aires, Gorla, pp. 21-23.
- 15 J. C. Torre y E. Pastoriza, “La democratización del bienestar”, en J. C. Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, en *Nueva Historia Argentina*, vol. 8, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 257-312; citado como LDB. Un antecedente significativo son las páginas dedicadas al primer peronismo en L. A. Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994. Sin duda los antecedentes son variados. Aquí obviamos hacer esa genealogía porque las anticipaciones y contribuciones no habían logrado la formulación compleja alcanzada en LDB.
- 16 En esta cita mencionamos algunos trabajos de la serie. No se incluyen en esta lista a) las referencias generales al libro del cual LDB es un capítulo, b) otros trabajos de autores y autoras que más adelante serán citados en este artículo, c) referencias de los propios autores de LDB, y d) artículos de revistas académicas o ponencias (con una sola excepción). M. Svampa, *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos, 2001 (la autora cita un *paper* por entonces aún no publicado); L. A. Romero, *Sociedad democrática y política democrática en la Argentina del siglo XX*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004; K. Ramacciotti y A. Valobra, “‘... plasmar la raza fuerte...’ Relaciones de género en la campaña sanitaria de la Secretaría de Salud Pública de la Argentina (1946-1949)”, en K. Ramacciotti y A. Valobra (comps.), *Generando el peronismo. Estudios de cultura, política y género (1946-1955)*, Buenos Aires, Proyecto Editorial, 2004, pp. 19-54; E. Elena, “‘What the People Want’: State Planning and Political Participation in Peronist Argentina, 1946-1955”, *Journal of Latin American Studies* 37, 2005, pp. 81-108 (el artículo de revista se menciona aquí porque Elena no incluye la referencia en su tesis de doctorado defendida el mismo año en el que LDB fue publicado); P. Pérez, “Ciudad democrática. Una mirada desde la gestión urbana”, en L. Álvarez, C. San Juan y C. Sánchez Mejorada (coords.), *Democracia y exclusión. Caminos encontrados en la Ciudad de México*, UNAM, 2006; N. Burgos, “Eva Perón, entre la identidad y la modernización”, en H. Biagini y A. Roig (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, tomo II: *Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006; J. Suriano, “El largo camino hacia la ciudadanía social”, en S. Torrado (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario*, tomo I, Buenos Aires, Edhasa, 2007; J. Suriano y D. Lvovich, “Introducción” a J. Suriano y D. Lvovich (coords.), *Las políticas sociales en perspectiva histórica: Argentina, 1870-1952*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006; J. Marcilese, “La justicia bonaerense durante la gobernación de Domingo A. Mercante”, en C. Panella (coord.), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, tomo III, La Plata, A.A.A.H, 2007; M. Ferrari, L. Ricci y M. Natal, “Las preferencias políticas en las percepciones de los adultos mayores”, en M. Ferrari, L. Ricci y M. E. Spinelli (coords.), *Memorias de la Argentina contemporánea 1946-2002*, Mar del Plata, EUDEM, 2007; C. Barry, K.

- Ramacciotti y A. Valobra, “Introducción” a su compilación: *La Fundación Eva Perón y las mujeres: entre la provocación y la inclusión*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2008, pp. 13-18; J. L. Moreno, *Éramos tan pobres. De la caridad colonial a la Fundación Eva Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- 17 L. Caimari, “Los consensos de la historia”, *Ñ. Revista de Cultura*, 24 de diciembre de 2002.
 - 18 El carácter patológico de algunas historiografías se fundaría en la distancia inversamente proporcional con su objeto. Esta fórmula de sentido común es difícil de sostener. ¿No se ha decretado una y otra vez –como argumento validatorio de la investigación misma– la muerte de aquello que se pretende estudiar? La distancia –respecto del duelo, de lo agonístico o de los imponderables– debe su primer argumento al carácter inmutable de lo analizado. Las lecturas ancladas en miradas antropológicas tienen mucho que objetar a ese razonamiento. El modo en el que el *extrañamiento* “lee” procesos históricos difiere radicalmente del argumento positivista que iguala documentos del pasado a procesos históricos y debe aislar el reino de la inscripción del de la emoción. Pueden hallarse muchas aristas para este debate en Carlo Ginzburg, “Extrañamiento. Prehistoria de un procedimiento literario”, en *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000, pp. 15-39.
 - 19 D. James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; B. Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001; R. Sidicaro, *Los tres peronismos. Estado y poder económico, 1946-1955/1973-76/1989-99*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002.
 - 20 Una cita temprana de LDB pero en otra clave, que repara en la asimetría entre las consecuencias económicas de las políticas distributivistas del primer peronismo y el modo de antagonismo político expresado en la época, puede leerse en el libro de Svampa, *Los que ganaron...*, ya citado. Asimismo, Elisa Pastoriza ha profundizado la clave que perseguimos en este trabajo en “Sociabilidad política en Mar del Plata. Manifestaciones, discursos y enfrentamientos en torno a las elecciones del 24 de febrero de 1946”, en *Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. Mar del Plata 1870-1970*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2004, pp. 81-106.
 - 21 I. Cosse, *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar, 1946-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 21.
 - 22 R. Aboy, *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales (1946-1955)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 164.
 - 23 A. Ballent, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-Prometeo Libros, 2005, p. 47. La resignificación del centro de la ciudad a través de la “ocupación masiva de sus calles” también es percibida por Ballent bajo el signo de la continuidad: el 17 de octubre estuvo “preanunciado” por diversas manifestaciones, al menos desde la que en 1944 celebró la liberación de París.
 - 24 Torre y Pastoriza, art. cit., p. 310.
 - 25 Esto no significa que deba considerarse el peronismo como una estación más de una conciencia rdbomante de alguna clase social. El sentido de lo político y de lo democrático, tal como lo postula Jacques Rancière, atravesado por una razón contingente, puede guiar nuestra intervención en un debate de esa naturaleza.

- 26 Otra vez, hallamos una consonancia respecto de los planteos sobre los “límites” del peronismo para realizar la emancipación de la clase trabajadora. El razonamiento es conocido: con sus reformas, restringidas prontamente por la crisis de la balanza comercial, el gobierno peronista tuvo que cristalizar la “revolución” e implementar medidas de congelamiento salarial e incremento de la productividad. Es claro que esas limitaciones muestran un alcance de la justicia social peronista menor a la que promete una expropiación de la burguesía y la socialización absoluta de la riqueza, tal como lo proclama la política socialista revolucionaria. En modo alguno se puede objetar la perspectiva política que regula esta crítica del peronismo. Nuestra puesta en suspenso de su validez se refiere a la traslación de la misma al juicio historiográfico, en el que implica la imposición de un deseo ideológico que subraya las divergencias de la política social peronista con ese molde teórico. Sin duda, como plantearemos en nuestras conclusiones, esto no significa apelar a un historicismo que sólo atine a “comprender”, y por lo tanto legitimar, una realidad histórica. Sólo para apresurar lo que luego diremos, señalemos que la reconstrucción del mundo heterogéneo y antagónico de la época peronista funda una visión más crítica que la aplicación de moldes histórico-filosóficos trascendentes a la experiencia.
- 27 Entrevistado, dice Ricardo Piglia con respecto a las poéticas del otro popular, y particularmente sobre “La fiesta del monstruo” de Borges: “En ese asunto lo que siempre aparece es la paranoia o la parodia. La paranoia frente a la presencia amenazante del otro que viene a destruir el orden. Y la parodia de la diferencia, la torpeza lingüística del tipo que no maneja los códigos. ‘La fiesta del monstruo’ combina la paranoia con la parodia. Porque es un relato totalmente persecutorio sobre el aluvión zoológico y el avance de los grasas que al final matan a un intelectual judío. El unitario de ‘El Matadero’, digamos, se convierte en un intelectual judío, una especie de Woody Allen rodeado por la mersa asesina. Y a la vez el relato es una joda siniestra, un pastiche barroco y muy sofisticado sobre la diferencia lingüística y los restos orales. La parodia paranoica, se podría decir. Aunque siempre hay algo paranoico en la parodia”. R. Piglia, “Sobre Borges. Entrevista de Horacio González y Víctor Pesce”, en *Crítica y Ficción*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1990, p. 146.
- 28 C. Gamerro, “Julio Cortázar, inventor del peronismo”, en Guillermo Korn (comp.), *El peronismo clásico (1945-1955). Descamisados, gorilas y contreras*, Buenos Aires, Paradiso/Fundación Crónica General, 2007, pp. 44-57.
- 29 R. Guber, “‘El Cabecita Negra’ o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina”, en S. Visacovsky y R. Guber (comps.), *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2002, pp. 347-374.
- 30 J. Habermas, *La ciencia y la técnica como “ideología”*, Madrid, Tecnos, 1985; ídem, *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus, 1981.
- 31 G. Germani, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” (1956), en *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962, cap. IX. En realidad, la normalización fue imaginada contemporáneamente por otras posiciones intelectuales. El razonamiento del católico nacionalista Mario Amadeo, tamizado por otras esperanzas culturales, mantenía una similar estructura interpretativa. M. Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*, Buenos Aires, Gure, 1956.

- 32 J. Álvarez Junco, “El populismo como problema”, en J. Álvarez Junco y Ricardo González Leandri (comps.), *El populismo en España y América*, Madrid, Catriel, 1994, pp. 11-38.
- 33 S. Levitsky, *Las transformaciones del Justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005.
- 34 Una tradición de largo aliento. La “visión evolutiva de la historia nacional” de Gino Germani ha sido considerada en F. Neiburg, “El 17 de octubre de 1945: un análisis del mito de origen del peronismo”, en J. C. Torre (comp.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 219-283.
- 35 Un texto que puede servirnos como guía de las producciones no historiográficas de sentidos sobre esos imaginarios seres en el ectoplasma peronista es el de S. Rosano, *Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006.
- 36 H. White, “La política de la interpretación histórica: disciplina y desublimación”, en su obra *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Buenos Aires, Paidós, 1992. Es preciso señalar que la crítica de White al marxismo es adecuada en un sector mayoritario de sus perspectivas historiográficas, aunque debe decirse también que existe en este último una línea interpretativa que tensiona el realismo representacional en un afán sublime (por ejemplo en la veta “romántica” de Edward P. Thompson) o que directamente propone superarlo, tal como sucede en la obra inconclusa de Walter Benjamin.
- 37 J. Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- 38 J. Rancière, *El odio a la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 63.
- 39 O. Acha y N. Quiroga, “Introducción” al dossier *La trayectoria de la cultura política del peronismo 1943-2003*, *Prohistoria* 9, Rosario, 2006, pp. 11-14.
- 40 Ver, por ejemplo, J. Kraniauskas, “Eva-Peronismo, literatura, estado”, *Revista de Crítica Cultural* 24, 2002, pp. 46-51. Las dificultades de ligar centros de producción –el historiográfico con el de los *cultural studies*, en este caso– puede leerse en las consideraciones de Daniel James a Jon Beasley-Murray: “History: To the End of the Line?”, *Journal of Latin American Cultural Studies* XI-3, 2002, pp. 279-293.
- 41 T. Halperín Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994. No obstante, la nervadura histórico-filosófica que enhebra el relato progresista constituye una reformulación de la visión de la historia nacional de José Luis Romero y no la de Halperín Donghi. En efecto, en Halperín prima una perspectiva de largo plazo en la que el peronismo impone una inflexión “social” a la prevalencia de una “tradición política” unanimita. Ver T. Halperín Donghi, “El lugar del peronismo en la tradición política argentina”, en Samuel Amaral y Mariano Plotkin (comps.), *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993, pp. 15-44.
- 42 H. González, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Colihue, 1999; ídem, *Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2002.
- 43 N. Rosa, “Veinte años después o la ‘novela familiar’ de la crítica literaria”, en N. Rosa (comp.), *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 321-347.

- 44 No obstante, han aparecido algunos estudios sobre los varios peronismos que aquí nos es imposible discutir: A. Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985; S. Sigal y E. Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986; P. Ostiguy, “Peronismo y antiperonismo: bases socioculturales de la identidad peronista en la Argentina”, *Revista de Ciencias Sociales* 6, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, pp. 133-213; James, op. cit.; Sidicaro, op. cit.